
ODA AL DESEO

Desmitificarte es fácil
cuando la lluvia cae al compás de los silencios
y los dientes del tiempo no tiritan de azul,
sino de espanto.

Por eso cállate.
No ciegues mi horizonte con tu luz palpable.
Porque entonces compararía.
Descifraría el enigma alimentado
por la luna fecunda de cada soledad.
Te abarcaría con mis brazos esclavos
y te acabarías para siempre en el comienzo.

¡Ah nubes! ¡Ah rosas del otoño!
¡Ah países lejanos que los niños habitan!
Sólo vuestras alas justifican el mundo.

P. López Martínez

CAMINOS DE LA TARDE POEMAS

Victorino Polo García

«Regresarás al hombre»

Por fin oyes que suenan las palabras
y que retumba el trueno
desgajado del arco de los montes
rodando hasta desbordar los ríos.

No entiendes casi nada porque el eco
sustituye a las voces y la idea
queda enterrada en el fragor del ruido.

Razones para encubrir tu miedo
argumentos de sólida ignorancia
capaces de atormentar la idea.
Gestos, gritos, rasgadas vestiduras
desde la podredumbre y la ceniza.

La mitra de Caifás y la tiara
de Anás el hierofante
como rayos de fuego por la sombra...

Súbitamente una pequeña llama
de luz descende sobre tu cabeza
con apacible declinar de música.
Cortas un bello ramo de jacintos
y te adornas la frente sonriendo
mientras dejas que el agua del mar
te devuelva
a los orígenes de la sabiduría.

«Poema en prosa»

Dices, con toda razón, que no sabré escribir
un poema sencillo, como la prosa diaria,
similar a las calamidades domésticas
que a menudo nos atenazan
con el pequeño clamor de las pequeñas cosas,
sencillo, simple, literal, a la altura
de las circunstancias que pasan y repiten
su acontecer —perdona esta palabra— su ser
natural, comprometido con el pensamiento
de las horas, del pan y del sueño.

Así de claro y así de compartible.

Quizá tienes razón. Tienes razón sin quizá
que lo aminore y ponga en duda.
No sabré yo jamás escribir un poema
con la simplicidad del día y de la noche,
con la clara sencillez del caminar
tranquilo por la calle, a la caza de no se sabe
qué ocurrencias o palabras o cosas
que todos conocemos y admiramos.

En efecto, querida compañera de esta tarde
murciana y calurosa, roja igual
que tu vestido de color rojo.

Yo nunca sabré escribir
un sencillo poema, un poema en prosa.

«Nostalgia de la elegía»

Ha pasado la noche y la amargura
apenas es un caliz desvaído
que alguna vez bebimos
bajo la carga atroz del viento helado.

No resuenan las tubas misteriosas
ni el atambor ronco y oscuro.
Se escucha el dulce canto
del címbalo y la flauta
por el florido valle, junto al río.

Has muerto ayer. Y ya la Aurora
torna de nuevo a entretejer la luz
sobre los altos montes,
bajo los cielos azules y violeta.

Entorno los ojos sin sueño
y sin cansancio
para mirar en la penumbra
mi propio corazón fluir de lágrimas,
sereno y desleído, como la flor azul
que crece fronteriza en la montaña.

Vivo por la llamada de tu voz
que resuena palabras en mi sombra
reconociendo el día y el destino.

Un día he de morir.
Y cuando llegue la tarde
desearé que el viento silbe entre los mirtos.



«Pronuncio tu palabra»

Desconozco si es la boca del sol
o el ardiente fluir de los estigmas
como trasunto de la oración en calma
que precipita las rosas de la tarde.

Escucho una palabra en los arcos azules
arraigados en roca peregrina y tenaz,
mordido el viento de arenisca,
llamarada de sangre germinal y violeta.

Amordazo de argollas el insolente cielo
que se atreve provisto de ingentes campanarios
a vertebrar los lirios de la espiral del día.

Contemplo atónito la rosa de los vientos
girar en el espacio diamantino del caos,
descender al Tártaro de las doradas ruinas
y penetrar la noche con cantos de frontera.

Pronuncio tu palabra y el río se disuelve
como la cruz del sur en el oriente anclada
o la perversa flor de adormidera
que ha revelado la espiga del sol.